

Títulos publicados

- 1. Migración hacia el Sur.
Kole Omotoso
- 2. Fronteras africanas.
Barreras, canales y oportunidades
Paul Nuget y A. I. Asiwaju (eds.)
- 3. Kuma. (2.ª edición)
Historia de África negra
Ferran Iniesta
- 4. La vía africana.
Viejas identidades, nuevos estados
Alfred Bosch
- 5. El Estado en África.
Jean François Bayart
- 6. Democracia para África.
René Dumont
- 7. Emitai.
Estudios de historia africana
Ferran Iniesta
- 8. Pensamiento africano.
Ética y política
Emmanuel Chukwudi Eze (ed.)
- 9. África camina.
El desorden como instrumento político
Patrick Chabal y Jean-Pascal Daloz
- 10. Pensamiento africano.
Filosofía
Emmanuel Chukwudi Eze (ed.)
- 11. Más allá del estado.
Pueblos al margen del poder
Alícia Gili (ed.)
- 12. Mundos de poder.
Pensamiento religioso y práctica política en África
Stephen Ellis y Gerrie ter Haar
- 13. Pensamiento africano.
Cultura y sociedad
Emmanuel Chukwudi (ed.)
- 14. La frontera ambigua.
Tradición y democracia en África
Ferran Iniesta (ed.)
- 15. Malas noticias de África
Antoni Castel
- 16. El islam del África Negra
Ferran Iniesta (ed.)



edicions bellaterra



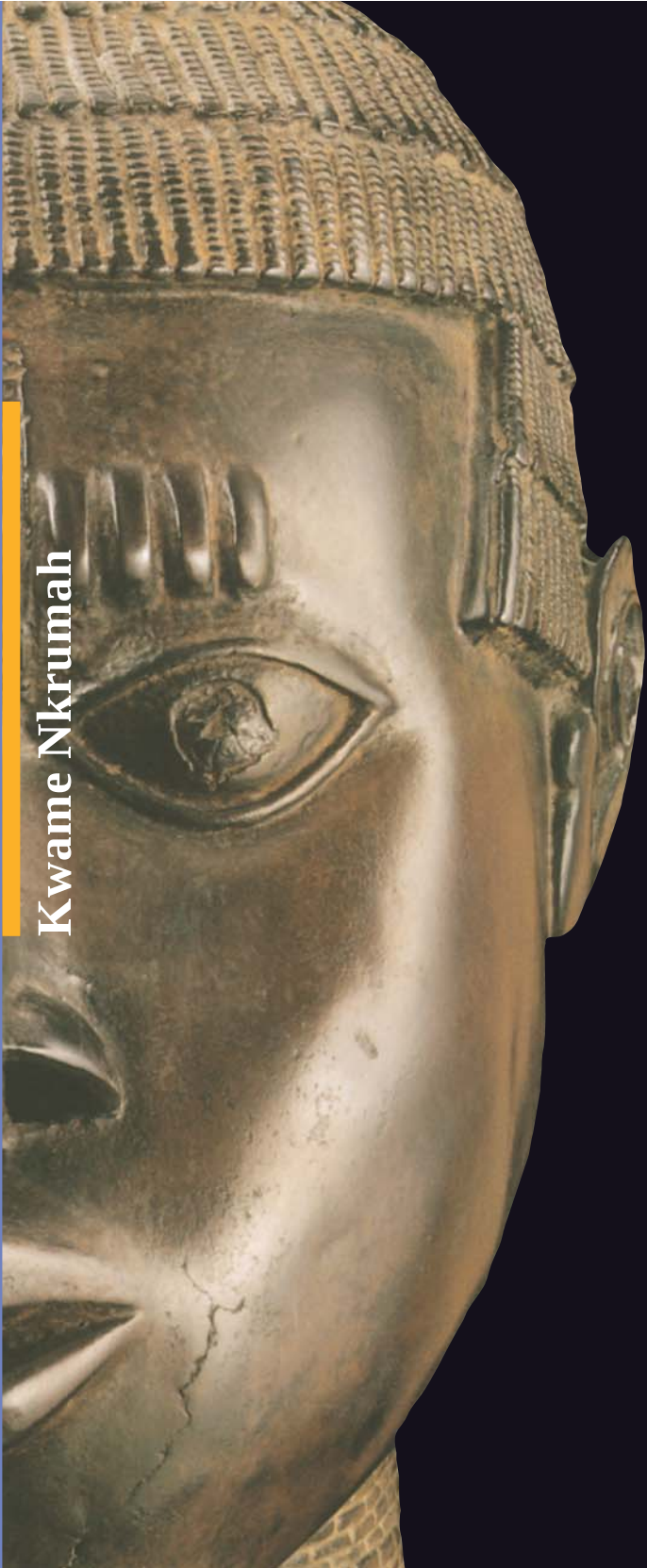
Kwame Nkrumah África debe unirse 17



Biblioteca
de Estudios
Africanos

África debe unirse

Kwame Nkrumah



África debe unirse es algo más que un libro: el título se ha convertido en una consigna mil veces repetida del panafricanismo posterior a las independencias africanas. La capacidad de evocación y de movilización de apenas tres palabras reside sobre todo en la personalidad del autor del libro y en el momento de la edición. Kwame Nkrumah (1909-1972) fue el primer y carismático presidente de Ghana, a su vez el primer estado completamente subsahariano que alcanzó la independencia tras la Segunda Guerra Mundial (1957). El mismo nombre de Ghana constituía todo un mensaje al hacer referencia al más antiguo imperio negroafricano conocido por los cronistas y situado en el Sahel, en lugar de remitirse al territorio colonial de Costa del Oro. En 1963, el año en que se creaba la Organización para la Unidad Africana, Nkrumah publicaba el libro que mejor resumiría su ideología panafricanista como un llamamiento, casi un ruego al conjunto de nuevos países africanos. Aparentemente, la historia parece certificar el fracaso de tal llamamiento, dada la pervivencia de las fronteras coloniales, pero una mirada más atenta o una escucha más paciente revelan la vitalidad del panafricanismo como motor intelectual de la política africana, como soporte fundamental de la esperanza de un continente. La publicación de *África debe unirse* está, pues, muy lejos de una arqueología de las ideas: aun con todos sus particularismos, inevitablemente anclados en un momento histórico concreto, el texto continúa siendo un útil de trabajo en un proceso en construcción. La unidad de un continente no es cosa de un día ni de unas décadas. La ideología panafricanista, nacida en el Caribe, ha sido reapropiada y madurada por diversas generaciones de africanos y sus frutos, imprevisibles para los expertos, están todavía por llegar. Las palabras del propio Nkrumah ante la asamblea fundacional de la OUA continúan siendo ciertas: «Si nosotros conseguimos erigir en África el ejemplo de un continente unido con una política y un objetivo comunes, habremos realizado la mejor contribución posible a esa paz que hoy anhelan todos los hombre y mujeres». Y los africanos lo saben.

África debe unirse

Colección dirigida por

ALBERT ROCA

Kwame Nkrumah

África debe unirse



edicions bellaterra

Con la edición de títulos de este tipo, Casa África, en colaboración con Edicions Bellaterra, se marca como objetivo dar a conocer las principales obras de escritores y pensadores africanos y africanistas relacionadas con el desarrollo y las potencialidades del continente desde un punto de vista alejado de los estereotipos con los que se ha abordado tradicionalmente la realidad africana.

Ricardo Martínez Vázquez
Director general de Casa África

Título original: *Africa must unite*

Traducción de: Yolanda Fontal y Carlos Sardiña

Diseño de la cubierta: Ferran Cartes / Montse Plass

La edición de este título es una iniciativa de Casa África
con motivo de la conmemoración del 50º aniversario de la independencia
de diecisiete Estados africanos

Publicado por Panaf, London.

© Kwame Nkrumah, 1963
© Gamal Nkrumah, 2006, 2007
heredero de Kwame Nkrumah

© Edicions Bellaterra, S.L., 2010
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-503-0
Depósito Legal: B. 23.121-2010

Impreso por Romanyà Valls. Capellades (Barcelona)

*Dedicado a George Padmore (1900-1959)
y a la nación africana que debe existir*

ÁFRICA Y SUS ISLAS



Imp. Británico: Ascensión, St. Helena, Mafia, Mauricio, Pemba, Socotora, Tristan da Cunha, Zanzíbar, Gough, Seychelles, Amiranta, Rodríguez.

Etiopía: Dahlak.

Francia: Bassas da India, Europa, De la Reunión, Comores.

Portugal: Príncipe, S. Tomé, Cabo Verde, Madeira, Bissagos.

España: Annobon, Canarias, Fernando Po.

Guinea: Los.

U. Sudafricana: Príncipe Eduardo, Arion.

Independientes: Malagasy.

Índice

Nota del autor	11
Introducción	13
1. La historia africana	23
2. La huella colonial	31
3. Modelos económicos coloniales	43
4. La sociedad durante el colonialismo	55
5. La vanguardia intelectual	67
6. Primero la libertad	75
7. Lograr nuestra soberanía	81
8. Los problemas del gobierno	91
9. Llevar la unidad a Ghana	97
10. Nuestra constitución ghanesa	105
11. El instrumento administrativo	113
12. Reconstrucción y desarrollo	123
13. Hacia la independencia económica	133
14. Construyendo el socialismo en Ghana	145
15. Hacia la unidad africana	159
16. Algunos intentos de unificación	167
17. La necesidad de África: la integración económica y política	175
18. El neocolonialismo en África	197
19. África en los asuntos internacionales	217
20. Ejemplos de importantes uniones de estados	227
21. Un gobierno continental para África	237

Apéndice I. Kwame Nkrumah, discurso ante los jefes de los estados independientes de África, Adís Abeba, mayo de 1963	243
Apéndice II. Julius Nyerere, discurso que pronunció en Accra el 6 de marzo de 1997, con motivo del cuadragésimo aniversario de la independencia de Ghana	261
Notas	269

Nota del autor

La oleada de golpes militares, y el recrudecimiento de la agresión imperialista y neocolonialista en África desde 1963, cuando se publicó por primera vez *África debe unirse*, ha demostrado de forma concluyente que la unificación política es una necesidad urgente. Ni una sola parte de África puede estar a salvo, o ser libre para desarrollarse de forma plena e independiente, mientras cualquier otra parte no se haya liberado o mientras los vastos recursos económicos de África sigan siendo explotados por intereses imperialistas y neocolonialistas.

A menos que África esté unida políticamente bajo un Gobierno de Unidad Panafricano, no puede haber una solución a nuestros problemas políticos y económicos. La tesis de *África debe unirse* sigue siendo irrefutable.

22 de abril de 1970
Conakry

Introducción

¡Libertad! ¡Hedsole! ¡Sawaba! ¡Uhuru!

Hombres, mujeres y niños a lo largo y ancho de África repiten las consignas del nacionalismo africano, el mayor fenómeno político de la segunda mitad del siglo xx.

Nunca antes en la historia se había traducido un arrollador anhelo de libertad como éste en una serie de enormes movimientos de masas que están derribando los bastiones del imperio. Estos vientos de cambio que soplan en África no son vientos corrientes, como he dicho antes; son un huracán embravecido que el antiguo orden no puede soportar.

Los millones de habitantes de África y Asia se han cansado de ser leñadores y aguadores, y se están sublevando contra la falsa creencia de que la providencia creó a unos para ser los sirvientes de otros.

En este siglo ya ha habido dos guerras mundiales en las que se ha combatido en nombre de la conservación de la democracia, del derecho de los pueblos a decidir la forma de gobierno con la que quieren vivir. Algunos estadistas han pregonado la necesidad de respetar las libertades fundamentales, el derecho de los hombres a vivir libres del yugo de aquellos miedos que constriñen su dignidad cuando se hallan sumidos en la servidumbre, la pobreza, la degradación y el desprecio. Promulgaron la Carta del Atlántico y la Carta de las Naciones Unidas y después dijeron que ninguna de ellas mencionaba al mundo esclavizado más allá de los límites del imperialismo y la arrogancia racial.

Pero en el transcurso de la lucha por su propia libertad, se vieron obligados, como también Abraham Lincoln durante la guerra civil estadounidense, a conseguir la ayuda de los esclavos, quienes empezaron a cuestionar que fuera justo que les obligaran a combatir en

guerras por la libertad de aquellos que pretendían mantenerlos en un estado de servidumbre. El mundo colonizado comenzó a examinar críticamente las declaraciones sobre la democracia de los estados mundiales. Los hombres y las mujeres de las colonias comenzaron a considerarlas mentiras, pues era evidente que no se iban a aplicar de forma universal.

El vasto mundo de los pueblos sometidos estaba tomando conciencia de que la libertad es su derecho inalienable, tanto como el de aquellos que se impusieron a ellos con el pretexto de llevarles la luz y la civilización cristianas. Aquellos a quienes se les había negado enérgicamente la libertad recibieron con entusiasmo las ideas de libertad y democracia que el mundo occidental difundía con ahínco para obtener apoyos a su causa. Esas ideas, un boomerang para quienes las estaban difundiendo y «peligrosas» en manos de aquellos a quienes supuestamente no eran aplicables, estaban alimentando las ansias de libertad en zonas del mundo donde más profundamente se aceptaba y apreciaba su significado.

Los líderes nacionalistas se apropiaron de esas ideas para defender la lucha por la emancipación política y contribuyen a fomentar la revuelta de la mayoría de los habitantes del mundo contra sus opresores. De ese modo, hemos presenciado el mayor despertar que se haya visto jamás sobre la faz de la tierra de pueblos oprimidos y explotados contra las potencias que los han mantenido sometidos. No cabe ninguna duda de que es el acontecimiento más importante del siglo xx.

De ahí que el siglo xx se haya convertido en el siglo de la emancipación colonial, el siglo de la constante revolución que finalmente debe ser testigo de la liberación total de África del gobierno colonial y de la explotación imperialista. La independencia de Ghana en 1957 abrió de par en par las puertas a la libertad africana. En los cuatro años siguientes obtuvieron la independencia otros dieciocho países africanos. Este acontecimiento es un factor único en la política internacional actual. Ha provocado importantes cambios en la composición de la Organización de las Naciones Unidas y está teniendo una repercusión trascendental en el equilibrio de los asuntos internacionales en general. Ha tenido como consecuencia un mundo de naciones libres más amplio en el que será necesario escuchar con una atención cada vez mayor las voces de África y los renacidos estados de Asia, América Latina y el Caribe.

Ese mundo en expansión de naciones africanas libres es el punto culminante de la lucha consciente y decidida de los pueblos africanos por liberarse del yugo del imperialismo y está transformando el continente. Todavía no han caído todos los muros del colonialis-

mo. Algunos todavía siguen en pie, pero muestran las grietas que han abierto los impetuosos ataques lanzados contra ellos. Y nosotros, los que hemos luchado hasta conseguir la independencia, no descansaremos hasta que no se haya derribado el último bastión del colonialismo en África.

Puesto que nos hemos consagrado a la consecución de la libertad de toda África, ahí se encuentra un vínculo de unidad por el cual se alían el África libre y la sometida, así como todos los estados independientes consagrados a esa causa. Mi partido, el Partido de la Convención del Pueblo, defiende firmemente, como un derecho incontestable, las ardientes aspiraciones de libertad de los pueblos que siguen sometidos en nuestro continente. Desde nuestros comienzos, hemos planteado como una política esencial la emancipación de toda África del colonialismo en cualquiera de sus formas. Además, hemos añadido el objetivo de la unión política de los estados africanos como la garantía más segura de esa libertad que tanto nos ha costado conseguir y la base más firme de nuestro progreso individual, y también de nuestro progreso común, económico, social y cultural.

En mi autobiografía, y hasta cierto punto también en otro de mis libros, *I Speak of Freedom*, traté de mostrar cómo y por qué se desarrolló y triunfó la lucha por la independencia en lo que entonces se llamaba Costa de Oro. En esta ocasión pretendo esbozar brevemente cuáles son los antecedentes africanos y los efectos de siglos de colonialismo en la vida política, económica y social de África en su conjunto, situar los acontecimientos de Ghana en el contexto más amplio de la revolución africana y explicar mi filosofía política, basada en la convicción de que son necesarias la libertad y la unificación de África y sus islas.¹

Debido a esa convicción, es inevitable que me preocupen tanto los problemas de los diferentes países que conforman nuestro gran continente como los de Ghana. Por tanto, he ofrecido ejemplos de todas las formas de colonialismo. Si en ocasiones parece que hago hincapié en el modelo británico y en acontecimientos ocurridos en Ghana, se debe a que ellos forman parte de mi experiencia personal. Ésas han sido las influencias que han modelado en gran medida mi forma de pensar y mi filosofía política. Pero las experiencias de mis hermanos del continente sometidos a otros gobiernos coloniales también han dejado en mí una huella indeleble, como africano y como ser político arrastrado al torbellino de los asuntos africanos debido a mi consagración a la causa de la libertad y la unidad de África.

Entre su historia de sometimiento colonialista y la nuestra sólo

hay diferencias de detalle y de grado, no sustanciales. Hay quienes establecen sutiles distinciones entre un tipo de colonialismo y otro, quienes afirma que los británicos son «mejores» amos que los franceses, o que los franceses son «mejores» que los belgas, los portugueses o los colonos blancos de Sudáfrica, como si existiera alguna ventaja en el grado en que se impone la esclavitud. Estas distinciones engañosas las hacen quienes nunca han sufrido las penalidades y la degradación que acarrear la opresión y la explotación colonialistas. Muy a menudo quienes las hacen son apologetas del colonialismo de sus propios países, deseosos de justificarlo debido a su patriotismo chovinista.

El súbdito colonial, que es quien realmente soporta la «carga del hombre blanco», no puede aceptar ese enfoque filosófico. Por tanto, no es capaz de valorar la sutil diferencia que existe entre tener que cruzar por una puerta señalada para «nativos» en cualquier parte del mundo y otra idéntica en Johannesburgo, simplemente porque la última se suela encontrar en una zona separada y segregada.

Independientemente de los medios empleados por los colonialistas, el objetivo siempre era el mismo. No se trata de que un grupo de hombres con malas intenciones se despertaran simultáneamente una mañana en Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Portugal o cualquier otro país colonial y decidieran que sería una buena idea abalanzarse sobre África y esclavizar a sus habitantes para poder retirarse a sus países cuando llegara el momento, ricos y felices gracias a las penurias de los africanos. Fue mucho más complejo que eso, pese a la obsesión por expoliar que incitó a los portugueses y a otros a saquear el oro y el marfil de África, y después sus riquezas humanas, para llenar las arcas de los monarcas y los mercaderes de Occidente.

Cuando comenzó el gran reparto de África en el último cuarto del siglo XIX, las colonias se habían convertido en un apéndice necesario del capitalismo europeo, que para entonces había alcanzado la fase de monopolio industrial y financiero y necesitaba una expansión territorial que proporcionara dominios en los que invertir el capital, fuentes de materias primas, mercados y puntos estratégicos para la defensa imperial. De ese modo, todos los imperialistas sin excepción desarrollaron los medios, es decir, sus políticas coloniales, para alcanzar sus objetivos, la explotación de los territorios sometidos en aras del engrandecimiento de los países de la metrópoli. Todos ellos fueron codiciosos, todos ellos subordinaron las necesidades de los territorios ocupados a sus propias demandas, todos ellos restringieron los derechos humanos y las libertades, todos ellos reprimieron y explotaron, humillaron y oprimieron. Nos arrebatá-

ron nuestras tierras, nuestras vidas, nuestros recursos y nuestra dignidad. Todos ellos, sin excepción, nos dejaron sin nada más que nuestro resentimiento y, más tarde, la determinación de ser libres y elevarnos de nuevo a la categoría de hombres y mujeres que caminan con la frente alta.

Cuando llegó aquel momento y mostramos nuestra determinación de librarnos de ellos, unos intrusos extranjeros a los que no habíamos invitados ni eran bienvenidos, continuaron negándose a marcharse hasta que les obligamos a hacerlo. Fue cuando se hubieron marchado y nos enfrentamos a la dura realidad, como en el caso de Ghana al día siguiente de nuestra independencia, cuando fuimos repentinamente conscientes de la miseria que habían traído a nuestra tierra tantos años de gobierno colonial. Había barrios marginales y miseria en nuestras ciudades, supersticiones y antiguos rituales en nuestras aldeas. Por todo el país había grandes superficies de tierra sin cultivar y despoblada, mientras las enfermedades nutricionales se cebaban con nuestro pueblo. Nuestras carreteras eran precarias y nuestros ferrocarriles escasos. Había mucha ignorancia y pocos conocimientos técnicos. Más del 80 % de nuestra población era analfabeta y las escuelas existentes se nutrían de bazofia imperialista, que no guardaba ninguna relación con nuestra historia y nuestras necesidades. El comercio y el mercado estaban controlados, dirigidos y gestionados casi totalmente por europeos.

No disponíamos de industrias, exceptuando la extracción de oro y diamantes. No fabricábamos ni un alfiler, ni un pañuelo, ni una cerilla. El único tejido que producíamos era el *kente*, tejido a mano, tradicional y exclusivo. Carecíamos de la mayoría de las materias primas necesarias para la producción industrial. Aunque se habían realizado estudios geológicos de nuestro subsuelo, no sabíamos si existían o no esas materias, ya que se habían ocultado cuidadosamente los informes. Dependíamos del mundo exterior, sobre todo de Reino Unido, para casi todas las cosas que utilizábamos en nuestra vida cotidiana.

Entre nuestras carreteras se encontraban las llamadas «carreteras políticas», las viejas carreteras coloniales, desgastadas y a veces sin asfaltar. También había carreteras nuevas, construidas después de 1951, cuando mi partido comenzó a gobernar. Estaba el puerto de Takoradi y el nuevo puerto que se estaba construyendo en Tema. Teníamos un sistema de telégrafos y de teléfono. Contábamos con una maquinaria administrativa eficiente, pero estaba ajustada a las necesidades del gobierno colonial e indudablemente no era la más adecuada para las nuevas necesidades de un estado independiente.

Era un legado sombrío y desalentador, que parecía resumir la simbólica desnudez que encontramos mis colegas y yo cuando nos trasladamos oficialmente al castillo de Christiansborg, la antigua residencia oficial del gobernador británico. Mientras recorríamos una habitación tras otra, nos sorprendió lo vacío que estaba todo. Excepto algún que otro mueble aislado, no había absolutamente nada que indicase que sólo unos días antes había habido gente viviendo y trabajando allí. No se podía encontrar ni un periodicucho, ni un libro, ni siquiera un trozo de papel, ni un solo vestigio de que durante muchos años aquél había sido el centro de la administración colonial.

Aquel despojamiento absoluto era como una línea que cortara nuestra continuidad. Parecía como si alguien hubiera tenido la firme intención de eliminar todos los vínculos entre el pasado y el futuro que nos pudieran ayudar a orientarnos. Era un recordatorio subrepticio de que, tras haber rechazado el pasado, nos correspondía a nosotros construir nuestro futuro. En cierto modo aquello entroncaba con algunas de nuestras experiencias desde que habíamos tomado posesión de nuestros cargos en 1951. De vez en cuando habíamos encontrado lagunas en los archivos y en algunos lugares faltaban los vínculos que relacionaban unas cosas con otras, lo que hacía que nos resultara difícil tener una visión completa de algunos asuntos importantes. Había veces en las que imaginábamos que se había ocultado material, que se habían extraviado algunos archivos, que se habían «perdido» informes. Encontraríamos otros espacios en blanco e interrupciones cuando nos metiéramos más a fondo en la empresa de poner en marcha el arruinado estado que habíamos heredado. Comprendimos que aquello formaba parte de la tarea de reemplazar a un funcionariado que no estaba demasiado dispuesto a marcharse y que expresaba su sentimiento de agravio con arrebatos de mal genio. Por otro lado, es posible que tuvieran cosas que esconder. Aquello formaba parte, como muchas otras cosas, del precio que teníamos que pagar por la libertad. Un precio que todavía estamos pagando y que tendremos que seguir pagando durante algún tiempo.

Porque la libertad no es una mercancía que se «entrega» al esclavo cuando la pide. Es una valiosa recompensa, el brillante trofeo que se obtiene con la lucha y el sacrificio. Y la lucha y el sacrificio no cesan cuando se ha conseguido la libertad. El período de servidumbre deja tras de sí cargas que se suman a lo que se nos había arrebatado. Son el precio de tener que llenar el vacío que ha dejado el colonialismo, la lucha y el duro trabajo para construir los cimientos y después la superestructura de una economía que eleve el

nivel social de nuestra gente, que les proporcione una vida plena y satisfactoria en la que hayan desaparecido las penurias y el estancamiento. Tenemos que proteger celosamente la libertad que hemos conseguido con tanto esfuerzo y mantenerla a salvo de las depredadoras intenciones de quienes desean volver a imponernos su voluntad.

Las nuevas naciones como la nuestra se enfrentan a tareas y problemas que sin duda pondrían a prueba la experiencia y el ingenio de estados mucho más antiguos. Ya serían bastante difíciles si viviéramos en un mundo pacífico en el que no hubiera potencias rivales ni países interesados que desean inmiscuirse en nuestros asuntos internos y manipular nuestras relaciones internas y externas con la finalidad de dividirnos tanto a nivel nacional como internacional. Tal y como están las cosas, las estrategias de los neocolonialistas no hacen más que agravar nuestros problemas. Y cuando tratamos de enfrentarnos a ellas de la manera que, si se tiene en cuenta toda la información de que disponemos, parece adecuarse más a nuestro esfuerzo de mantener la unidad interna de la que dependen nuestra viabilidad y progreso, se ofrece al mundo una imagen errónea de nosotros que raya la distorsión.

Si el resto del mundo nos niega su solidaridad y su comprensión, al menos tenemos el derecho a pedirle que nos deje tranquilos para decidir nuestro destino del modo que nos parezca más apropiado teniendo en cuenta nuestras circunstancias y los medios de que disponemos, tanto humanos como materiales. En cualquier caso, estamos decididos a vencer a las fuerzas destructivas que tenemos en contra y a forjar en África una nación ghanesa que destacará como un ejemplo resplandeciente ante el resto del mundo de la capacidad de África para gestionar sus propios asuntos.

No tengo ninguna duda de que lo lograremos. Pero nos esperan por delante años de duro trabajo, perseverancia, moderación e incluso privaciones. Tenemos que librarnos del control del imperia-lismo económico y proteger nuestra libertad. Al mismo tiempo, tenemos que trabajar sin descanso para lograr la completa liberación y la unidad de África.

De hecho, ambos objetivos están interrelacionados. El imperia-lismo continúa siendo una fuerza enormemente poderosa a la que hay que tener en cuenta en África. Controla nuestras economías. Actúa a escala mundial siguiendo diferentes tipos de combinaciones: económicas, políticas, culturales, educativas, militares, y a través de los servicios de espionaje e información. En el marco de la creciente nueva independencia de África ha empezado a adoptar, y seguirá haciéndolo, nuevas formas y disfraces más sutiles. Ya está

utilizando, y seguirá utilizando, las diversas asociaciones culturales y económicas que el colonialismo impuso a los antiguos amos europeos y sus súbditos africanos. Está creando estados clientelares a los que manipula a distancia. Tergiversará y manipulará, como ya está haciendo, los miedos latentes del nacionalismo y la independencia pujantes. Avivará, como ya está haciendo, el fuego de los intereses particulares, de la avaricia personal y de la ambición entre los dirigentes y los candidatos que compitan por el poder.

Esas y otras muchas serán las artimañas del neocolonialismo con las que los imperialistas esperan conservar su control de los recursos de África en aras de su constante enriquecimiento. A fin de asegurar la continuidad de su hegemonía en este continente, utilizarán todas y cada una de las estratagemas para detener y destruir la creciente voluntad de unidad de las grandes masas de la población africana. Al igual que nuestra fuerza radica en una política y una acción unificadas en favor del progreso y el desarrollo, la del imperialismo se halla en nuestra desunión. En África sólo podemos enfrentarnos a ellos eficazmente con un frente unificado y un objetivo continental.

Tenemos que mantenernos siempre alerta, ya que estamos firmemente decididos a que no se vuelva a traicionar nunca nuestra libertad. Y nuestra libertad para construir nuestras economías se hallará en peligro mientras exista un solo país en este continente que esté prisionero de un gobierno colonial y mientras existan en suelo africano gobiernos títeres manipulados desde lejos. Nuestra libertad se hallará en peligro mientras los estados independientes de África sigan estando separados.

En este preciso momento la Unión Sudafricana está creando una maquinaria militar comparable a la de las principales naciones de Europa occidental. Esto representa un peligro sumamente inquietante no sólo para la lucha de los pueblos africanos que todavía combaten por la libertad, sino para la propia existencia de los estados africanos independientes. A menos que nos enfrentemos a esa amenaza evidente y sumamente poderosa con un frente africano unido, basado en una política económica y militar común, la estrategia consistirá en atacarnos y destruirnos uno a uno.

Nuestra defensa fundamental frente a esas siniestras amenazas y a otros designios de los neocolonialistas está en nuestra unión política. Si queremos continuar siendo libres, si queremos disfrutar plenamente de los beneficios que ofrecen los ricos recursos de África, debemos unirnos para planificar nuestra defensa total y la plena explotación de nuestros recursos materiales y humanos para que se beneficien todos nuestros pueblos. «Hacer las cosas solos» limitará

nuestros horizontes, reducirá nuestras expectativas y pondrá en peligro nuestra libertad.

Pero como no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que se hagan realidad nuestras esperanzas de que África se una lo antes posible, en Ghana estamos elaborando nuestros propios planes y lucharemos incansablemente para que nuestro pueblo disfrute de unos niveles de vida civilizada tan elevados como nos permitan nuestros propios esfuerzos. Al mismo tiempo, nunca dejaremos en nuestro empeño de llevar la independencia y la unidad totales a este continente africano, en aras del bien común para toda África y para cada uno de nosotros en tanto que miembros integrantes de la Unión Africana.

